

Pollo en salsa de almendras

Antonio García Velasco

"De diez cabezas, nueve / embisten y una piensa", dejó escrito Antonio Machado. La mía, desde luego, en aquel momento, era de las nueve que sólo saben embestir. Y lo hubiese hecho con sumo gusto contra el asqueroso mafioso, el ambicioso banquero sin escrúpulos, el político corrupto y el empresario corruptor. Y, sobre todo, contra Ambrosio, el de la carnicería, que me había vendido unos pollos de corral en malas condiciones. Celebraba un plato de pollo en salsa de almendras y tuve que lamentarlo, pues todos los míos se tuvieron que precipitar al wáter con una descomposición de mil demonios y una bruja.

Le lleve una tajadita al susodicho Ambrosio para que probara lo bueno que me había salido el plato con sus maravillosas aves criadas en corral. Hasta acompañé la tapa con una cerveza bien fría. Celebró el detalle hasta que, pasadas unas horas, se largó lamentándolo al excusado dejando a la clientela plantada hasta que llegara el sustituto.

Por supuesto que no he vuelto a comprarle ni un filetito de ternera o cerdo, por más ofertas que reclamen en la puerta de su negocio. Mi marido me dice que soy muy rencorosa. Pero él, bien que se precipitó contra el aparador, camino del retrete. Todavía luce el chichón, iba a decir el cuerno, en la frente. Pero, no, por Dios, que una es muy decente y el pobre mío más bueno que el pan. Aunque me dio por reír cuando, con la caída, se le cayeron, manchados y apestosos, los pantalones que, para ganar tiempo, ya llevaba desabrochados. Pena me da por la guasa que le formaron en el trabajo a cuenta del bulto de la frente.